

*por donde huyó un paraíso sin nombre*». En este sentido, el poemario nos presenta las variaciones renovadas de un tema central en la obra de Ana María Navales: la propia voz que se debate a través de la experiencia poética en la pluralidad y desdoblamientos del ser, es decir, la experiencia del autoanálisis, de llegar a entenderse a sí misma, elaborando su propio método de conocimiento a través del lenguaje poético.

Recorrido zigzageante en un yo laberíntico, por un paisaje sentimental muy rico en experiencias inspiradoras de emociones estéticas. Porque su poemario es también, y tal vez ante todo, una indagación en la escritura poética, una inmersión profunda en el acto de creación. Escritura calidoscópica, de multiplicidad de juego de espejos, inscrita en la experiencia de ensoñación y el subconsciente, e incrustada en la capacidad de revivir, desbordante de bellas imágenes y, a veces, metáforas de no fácil desentrañamiento, que desafían al lector a desvelar un mundo hermético, distante, apasionado.

Mount Holyoke College

ALBERTO CASTILLA

Juan Gil-Albert. *Antología poética*. Valencia, Consell Valencià de Cultura, 1993, 364 pp.

«Toda obra de arte es una quintaesencia del ser que la crea.» En estos términos se expresaba Juan Gil-Albert en el prólogo a *Valentín* cuando hablaba acerca de su relación con dicha obra. Sin duda podemos extrapolar esta afirmación al resto de su producción literaria: el lúcido prosista de *La trama inextricable* o *Crónica general* es también un poeta completo y complejo, a quien nos acerca ahora un poco más la recientemente publicada *Antología poética*, editada por el Consell Valencià de Cultura y prologada por Guillermo Carnero.

Decididamente, estamos ante una —por fin— muy digna antología del poeta alcoyano, resultado de un estudio profundo y detallado de los textos y sus particularidades. Señala Carnero en su «Estudio preliminar» la dificultad de fijación de un *corpus* fiable en el caso de la poesía gilalbertiana, circunstancia agravada por la poca ayuda que constituye la «incorrectísima edición de la *Obra* supuestamente *completa*, en la que faltan libros enteros, se intro-

ducen sin anotación modificaciones y correcciones de última hora, se adoptan variantes que una mínima atención a la genealogía de los textos impresos harían desechar, y brilla por su ausencia el aparato crítico» (Carnero, 17).

Por ello, hace hincapié en la asignatura pendiente que aún constituye la elaboración de una verdadera, exhaustiva y adecuada edición de la obra completa de Juan Gil-Albert. Por su parte, la presente antología acoge un gran número de composiciones, acompañadas de abundantes anotaciones e indicaciones pertinentes a los textos. Todo ello permite al lector establecer un adecuado seguimiento de la obra del autor alcoyano, desde los inicios de *Misteriosa presencia* (1936) —con el «dejo de Góngora y Mallarmé» que le atribuyera Cernuda— hasta su última obra antologada, *Variaciones sobre un tema inextinguible* (publicado en 1981, aunque escrito en 1952), donde una voz pausada pero vehemente afirma todavía: «no deserto mi oficio, indago, cumplo,/ y rindo mi suspiro satisfecho/ cuando añadí algún deje a la hermosura/ de la obra en común» (335).

Gil-Albert, poeta hasta el último instante, nos aparece a través de sus versos como un hombre profundamente conmovido por la vida; amante de la belleza y de la perfección formal, establece en sus poemas un espacio de reflexión profunda que arrastra al lector hasta involucrarle. Significativamente, el título de uno de sus libros es *La Meta-física*, cuyas páginas rezuman un afán claro de búsqueda, una necesidad de respuestas: «Cuando se vive lejos de la vida,/ ¿dónde se está viviendo?/ Tal vez se esté caído en el arcano de la misma existencia» (305).

En varias ocasiones afirmó Gil-Albert que quería ser recordado como «un español que razona». La suya es la obra de un hombre que, al igual que otros muchos, buscaba el sentido de su existencia, y tal vez es el hallazgo —o la intuición de ese hallazgo— lo que le lleva a escribir un poema como «El incorregible» (no incluido en ningún libro, pero recogido tanto aquí como en su *Obra poética completa*, bajo «Varios»), en el que destaca el significativo verso final. En él, vemos cómo el poeta manifiesta su decidida pasión por las cosas. Se siente parte de un algo irrenunciable, es necesario para completar la armonía de cuanto le rodea: «Nada ha cambiado./ Tierra, divinidad, delicia, tierra./ Todo está en pie, incitante, extraño, hermoso./ Volvería a caer» (340).

No escapa tampoco al lector la importancia del homenaje como ingrediente básico en esta poesía, como principio constitutivo de

la misma. La lectura meditada y la contemplación estética aparecen como constantes en la obra de Juan Gil-Albert. Lo que en palabras de Gil de Biedma constituyó para el poeta alcoyano «una forma superior de la conversación y la compañía», se manifiesta en poemas como «Y sin embargo» (a Leopardi), «El suicida» (a Larra), o el impresionante «Balada» en homenaje a Rilke, con ese último verso demoledor: «Hechos polvo amoroso, olvido eterno.»

Su prosa es lírica y su lírica es reflexiva y sugerente. El lenguaje poético de Gil-Albert está dotado de una gran plasticidad, pero ante todo, llama la atención la fluidez de su ritmo. Los versos desarrollan una cadencia armónica sin fisuras. Profundo conocedor de la tradición clásica, retoma sus principios para aplicarlos a una poesía vitalista, a menudo enclavada en un espacio de misticismo laico: «el alma es inmortal, el cuerpo leve,/ y todo se reduce a que ciñamos/ dentro de levedad tan imprevista/ esta inmortalidad tan pasajera» (316).

El poeta busca en todo momento la plenitud, ese «trance peligroso, pero al que hay que aspirar» (263). La búsqueda del «momento puro» es constante; su actitud es la de quien contempla fluir el curso de las cosas con un dejo triste y optimista a un tiempo. El tono himnico y celebrativo de algunas composiciones recuerda en ocasiones a Walt Whitman, pero también resuenan en su obra ecos de los poetas del Siglo de Oro o de su paisano Gabriel Miró. Así pues, estamos ante un autor de formación amplia y exhaustiva, lo que sin duda propició la versatilidad de su obra.

Sin olvidar el hecho de que toda la antología acerca de un autor es ante todo una invitación el resto de su obra, su mayor interés radica en que perfilan una visión global del autor que recogen, permitiendo observar la evolución que la obra experimenta a través de los sucesivos libros. En el caso que nos ocupa, esta tarea es llevada a cabo con la meticulosidad que caracteriza los trabajos de Guillermo Carnero. La cuidada edición y el magnífico estudio introductorio pueden ser una excelente guía para quien se acerque a Gil-Albert por primera vez. Por otro lado, para un lector ya conocedor de su obra, esta antología posee además la importancia del homenaje merecido y de la «justicia poética» tanto tiempo postergada al gran autor alcoyano. A pesar de la recuperación que su figura ha venido experimentando desde los años setenta, al «decano de los escritores valencianos», calificativo dado por el propio Carnero, aún se le debe mucho.

Sin embargo, el reconocimiento de su obra no es —ni mucho menos— misión exclusiva de los valencianos, sino una cuestión que atañe a todos los amantes de la literatura. Juan Gil-Albert, compendio de artes y saberes, pensador en prosa y en verso, poeta incorregible al fin, dejó testimonio de su fascinación por la vida y el arte en cada uno de sus libros. Nosotros, desde nuestra condición de lectores, estudiosos, o ejerciendo simplemente de seres humanos, no podemos menos que recoger su testigo.

The Ohio State University

MARÍA PAZ MORENO PÁEZ

Ernesto Caballero. *Auto*. Alicante, Instituto de Cultura Juan Gil-Albert, 1993, 72 pp.

Ernesto Caballero pertenece al grupo que César Oliva ha llamado los «primeros dramaturgos de los ochenta» (*El teatro desde 1936*, Alhambra, 1989) y que Patricia O'Connor ha denominado el «primer grupo de la democracia» (*Estreno*, XVII, No. 1, primavera 1991). Los miembros del grupo, nacidos entre 1957 y 1965, desdeñan el espectáculo colectivo para cultivar un teatro de autor que da supremacía a la palabra. Tratan con humor temas de la realidad cotidiana, sobre todo la problemática de la juventud marginada de la gran urbe, usando el nuevo argot callejero de los ochenta. Menos conocidos todavía que los autores surgidos en plena transición política (José Luis Alonso de Santos, Fermín Cabal, José Sanchís Sinisterra, Domingo Miras, etc.), los miembros de este nuevo grupo incluyen a Antonio Onetti, Paloma Pedrero, Alfonso Plou, María Manuela Reina, Sergei Belbel y Ernesto Caballero. Este último es graduado de la Escuela de Arte Dramático de Madrid, profesor en la misma escuela y director de un grupo de teatro. Entre sus textos estrenados figuran *Squash*, montada en el Círculo de Bellas Artes de Madrid en 1988, y *Auto*, representada en el festival de Otoño de Madrid en 1992.

En este auto contemporáneo cuatro personajes, representantes de nuestra sociedad actual aunque no precisamente alegóricos como en el auto sacramental clásico, acuden «citados por algo», a una rara especie de sala de espera. Puesto que ha habido un accidente, ellos suponen que están allí para declarar. No obstante, la cuñada insiste en que sólo el conductor del camión, que no está